

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

Is 50, 5-10; Sal 114; St 2, 14-18; Mc 8, 27-35

Jesús salió con sus discípulos hacia los poblados de Cesarea de Filipo, y en el camino les preguntó: "¿Quién dice la gente que soy yo?". Ellos le respondieron: "Algunos dicen que eres Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas". "Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?". Pedro respondió: "Tú eres el Mesías". Jesús les ordenó terminantemente que no dijeran nada acerca de él. Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días; y les hablaba de esto con toda claridad. Pedro, llevándolo aparte, comenzó a reprenderlo. Pero Jesús, dándose vuelta y mirando a sus discípulos, lo reprendió, diciendo: "¡Retírate, ve detrás de mí, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres". Entonces Jesús, llamando a la multitud, junto con sus discípulos, les dijo: "El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará.

Es importante retomar algunas líneas de las lecturas del domingo anterior, no por casualidad el evangelio de la semana pasada hablaba de la curación del sordomudo, pues para ser discípulos de Cristo necesitamos que Él nos abra el oído para proclamar sus grandezas y ser instrumentos y portadores de Cristo. La Iglesia como Madre y maestra, a través de la Liturgia de la Palabra lleva a cumplimiento su misión evangelizadora sobre nosotros, por ello el presente domingo el profeta Isaías ya no se dirige a los de corazón cansado (Is 35), sino que nos presenta al siervo doliente, a uno a quien Dios le ha abierto el oído para que pueda llevar a cabo la misión que se le encomienda y por eso dice: «...y no me he rebelado (no me hice atrás)...». Si enlazamos esta lectura con el Evangelio, en el que Jesús increpa a Pedro, entonces podemos comprender porque Cristo llama a Pedro: Satanás.

En esta actitud hacia Pedro, vemos a Cristo rechazando la influencia de Satanás para alejarlo de su misión. Satanás significa adversario, acusador, una clara alusión hacia aquel que es el enemigo del hombre, el que busca, y quiere impedir, que Dios realice su obra en el hombre. En el mismo momento en que oye por primera vez el título de Mesías, Cristo prohíbe a sus discípulos decírselo a nadie; en lugar de esto les anuncia, de nuevo por primera vez, la suerte que correrá el Hijo del hombre: padecimiento, condena a muerte, ejecución y resurrección. Pedro, no quiere oír hablar de eso, por lo cual es increpado por Cristo como Satanás, seductor y enemigo. Cristo nos desvela así la obra decisiva para la que ha sido enviado, una obra para todo aquel que quiera seguirle en la fe. En este contexto la doctrina de Santiago sobre la fe y las obras adquiere su auténtico sentido. Una fe sin la obra de la pasión no es una fe cristiana. La fe que quiere salvarse, y no perderse, perderá todo. Querer salvarse individualmente es un egoísmo incompatible con la fe, que es inseparable del amor. Aquí se encuentra el núcleo de la obra tal y como la concibe Santiago, sin la que la fe no es nada: la obra de la plena entrega a Dios o al prójimo. Se nos pone de manifiesto que esta

obra puede ser dolorosa para el hombre; porque contiene una muerte en sí: la renuncia al propio yo. Por eso el escándalo de Pedro, será nuestro escándalo cotidiano de no creer que la vida que Dios quiere regalarnos, y que es vida eterna, pasa por la negación de nuestro yo, que se debe expresar en la renuncia de nuestros proyectos, planes, ilusiones, para permitir que en toda su plenitud en nuestra vida se realice el diseño de Dios, diseño que tantas veces nosotros no aceptamos porque nos parece incomprensible.

Entonces, retomando el penúltimo párrafo del evangelio, aquí aparece Cristo como el siervo que profetiza Isaías, y sabemos que este siervo doliente se nos ha revelado, se nos ha dado a conocer cuando Cristo, sin resistirse al mal, ha entrado en su pasión con una obediencia hasta la muerte, como expresión de la sumisión a su Padre, pues el Padre, para redimir al hombre, había escogido el camino de la cruz. Por eso, Cristo pregunta: «...quién dice la gente que soy...»; pues de esta manera pedagógica Cristo, sabiendo lo que sus discípulos pensaban, quería que comprendieran quién era Él en realidad: «el Salvador – el Redentor»; y que a través de una acción humanamente incomprensible e inimaginable salvaría y ofrecería la regeneración a todo hombre.

Al respecto nos dice el Papa Benedicto XVI: «...Hay dos modos de "ver" y de "conocer" a Jesús: uno, el de la multitud, más superficial; el otro, el de los discípulos, más penetrante y auténtico. Con la doble pregunta: "¿Qué dice la gente?", "¿qué decís vosotros de mí?", Jesús invita a los discípulos a tomar conciencia de esta perspectiva diversa. La gente piensa que Jesús es un profeta. Esto no es falso, pero no basta; es inadecuado. En efecto, hay que ir hasta el fondo; es preciso reconocer la singularidad de la persona de Jesús de Nazaret, su novedad. También hoy sucede lo mismo: muchos se acercan a Jesús, por decirlo así, desde fuera. Grandes estudiosos reconocen su talla espiritual y moral y su influjo en la historia de la humanidad, comparándolo a Buda, Confucio, Sócrates y a otros sabios y grandes personajes de la historia. Pero no llegan a reconocerlo en su unicidad. Viene a la memoria lo que Jesús dijo a Felipe durante la última Cena: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? (Jn 14, 9)...» (Benedicto XVI, Homilía en la Solemnidad de San Pedro y San Pablo, 29 de junio de 2007).

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar